This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PROPERTY OF

The University of Michigan Libraries

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

Gaylord
SPEEDY BINDER
Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.

Cicosium

Ref 110

Amelot, Marguerite Louise Virginie (Charles) dame.

EL TIO MARCELO.

Comedia en dos actos y en prosa,

ESCRITA EN FRANCÉS POR MME. AMELOT,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Precio. — 4 rs. en Madrid é igual en las Provincias.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Enero de 1846.

848
A53Sp
tE75

PERSONAS.

EL TIO MARCELO, *sargento retirado, labrador.*
MARCELINO, *su hijo primogénito.*
JOSÉ, *su hijo menor, niño de* 15 *á* 16 *años.* (*Una muger.*)
MATEO, *labrador, personage ridículo.*
MR. DE GABRIANNE, *juez de instruccion.*
UN INDIVIDUO DEL CONSEJO MUNICIPAL.
UN CRIADO.
LA BARÓNESA DE ERMONT.
ANA, *su hija.*
MARGARITA, *labradora, muger de Marcelo.*

La accion pasa en una aldea de Francia; el primer acto en casa de Marcelo; el segundo en la quinta de la Baronesa.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 *de Mayo de* 1837, 8 *de Abril de* 1839 *y* 4 *de Marzo de* 1844, *relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

56522-176

Acto primero.

El teatro representa la pieza principal ó sala del piso bajo, en la casa de un labrador acomodado. Puerta al foro; dos á la derecha; á la izquierda una puerta y una ventana. En uno de los entrepaños del foro una mesa; en el otro un armario.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. JOSÉ. MATEO. MARCELINO.

(*Al levantarse el telon Margarita aparece sentada y cosiendo; Mateo en medio del teatro de pié; Marcelino sentado junto á la mesa, apoyando en ella el codo, y la cabeza en la mano, en actitud meditabunda; José á su lado contemplándole con interes y curiosidad.*)

Mateo. Segun parece, el tio Marcelo pasará fuera de casa la velada.

José. Qué gracia!—Y quién nos cuenta esta noche alguna batalla, si padre no viene? Usted, tio Mateo?

Mateo. Otra vez tio Mateo!—Señora Margarita, enseñe usted á sus hijos á que respeten á la autoridad.

José. La autoridad!—Ya se ve que la respeto, aunque tenga esa facha. (*Señalándole.*)—Digo! y ahora que por muerte del alcalde, es su teniente, el señor Mateo, la única autoridad del lugar. Pero usted tambien

debe respetar á padre, que ha sido sargento; y las armas prefieren á todo. Estamos?

Mateo. Si; tu padre es mi mayor en edad, porque nació en este lugar antes que yo; pero él...

Margarita. El salió soldado el año de 96, y no pasó el pobre pocos trabajos, hasta que volvió en 1815, inválido ya,... para casarse conmigo.

José. Lleno de gloria y de cicatrices.

Mateo. Posicion envidiable, no tiene duda; pero hay mas de una manera de ser útil á la patria.

José. (*Pasando al lado de Margarita, y aparte á ella.*) Como por ejemplo, cuando un hombre inútil (*Señalando á Mateo.*) intriga para que le nombren alcalde, creyendo que asi será superior á padre.

Margarita. (*Sonriéndose, á Mateo.*) Confiese usted, vecino, que ha tenido y tiene sus celillos de Marcelo.

Mateo. No digo que no; pero lo que es ahora he venido á buscarle para que me acompañe á correr el bosque inmediato, donde dicen que hay oculto un ladron.

José. (*Acercándose á Mateo.*) Un ladron!

Margarita. (*Lo mismo.*) De veras?

Mateo. Eso dicen en la quinta de Ermont; porque anocre le han robado al conserge dos cubiertos de plata; (*Con aire misterioso.*) y en este momento hay en la quinta una suma considerable, un tesoro que ha llegado antes que los amos, á quienes esperaban esta mañana.

Margarita. Esta mañana! Al cabo de tantos años de ausencia... Es posible?

Mateo. Toma! Es cierto. Ahora hay dos señoras en la quinta. Y vaya un miedo que tienen! No han parado hasta conseguir que los gendarmes se queden en el cuarto del conserge. Y, como digo, yo venia á pedirle al vecino que me acompañase.

José. Pues que los gendarmes estan en la quinta, de nadie necesitan aquellas señoras; y usted le viene á pedir otra cosa á mi padre.

Mateo. No digo que no; porque, ya se ve, el vecino tiene cierta importancia: la gente le escucha con asombro cuando cuenta las batallas del Emperador y sus proezas personales. Vaya! cuanto dice lo creen como el Evangelio; y si él quisiera podria serme ahora muy útil.

Margarita. Cuando salió nos dijo: «para lo que se ofrezca, hay queda Marcelino.»

Mateo. (*En voz baja.*) Marcelino! ni siquiera sabe que estamos aqui. Pensando en su París...

José. Vaya una ocurrencia!

Mateo. Eso es lo que han logrado ustedes enviándole á París, y haciendo de él un médico, un sabio; ni siquiera sabe quién es su madre.

Margarita. (*Acercándose á Marcelino.*) Sí que lo sabe; sí señor. Marcelino, hijo mio, en qué piensas? Es preciso que remplaces á tu padre cuando está ausente.

Marcelino. (*Volviendo en sí y levantándose.*) Remplazar á mi padre! Quién es capaz de remplazar á un hombre tan activo, tan bueno, tan alegre?

Mateo. Lo que es eso sí; siempre está de broma.

Marcelino. (*Melancólicamente.*) Es tan dichoso mi padre!...

Margarita. (*Con inquietud.*) Qué, no somos felices todos aqui?

ESCENA II.

JOSÉ. MATEO. EL TIO MARCELO. MARGARITA. MARCELINO.

(*Marcelo, que entra alegremente, oye las últimas palabras de Margarita.*)

Marcelo. Y por qué no hemos de ser felices!—A Dios, vecino.—La tierra no paga siempre el trabajo del labrador?

Margarita. No siempre.

Marcelo. Qué diablos! alguna vez se pierde la cosecha, como este año; pero el que viene será buena, Dios mediante; y además, mientras nos queden las fuerzas y la salud...

Margarita. Tú no la tienes.

Marcelo. Cuando llueve, como hoy, por ejemplo, esta maldita pierna se esplica... Un metrallazo, una memoria de Wagram. Qué placer haber asistido á aquel combate!... Ay mi pierna!... Además, para estar contento me basta ver á mis hijos alegres.

Margarita. (*Mirando á Marcelino.*) Ah!

Marcelo. Hola! es cierto que aquel mozo no está muy

alegre. Qué tienes, Marcelino, hijo mio? (*A Marcelino, en voz baja.*) Ya me lo dirás á mí solo. (*A los demas.*) No basta con que un hombre sea sabio.—Tio Mateo, mi hijo es un sabio;—pero saber el latin, la medicina y otras artes de adorno, no es razon para que esté tan triste cuando viene á pasar las vacaciones con sus padres.

Mateo. (*Aparte á Marcelo.*) Ha hecho usted mal, tio Marcelo, en separarse de su hijo desde la infancia. Siempre se lo estoy á usted diciendo.

Marcelo. Por lo mismo es inútil que se tome usted la molestia de repetirlo: hablemos de otra cosa.

Mateo. Bueno: en el camino trataremos de cierto negocio... porque vengo á buscarle á usted, como es tan valiente...

Marcelo. (*Riéndose.*) Para perseguir al ladron! Vecino, no es usted hombre para echarle el guante.

Mateo. Le conoce usted?

Marcelo. No por cierto, ni necesito conocerle para afirmar que podrá burlarse de usted. Además, ahora no puedo salir de casa.

Margarita. (*Aparte á Marcelo.*) Tenemos algo nuevo?

Marcelo. (*Aparte á Margarita.*) Tenemos que ha llegado á la quinta, y que la verás esta misma tarde.

Margarita. Hija querida! qué dicha!

Mateo. Pues señor, quedémonos: tengo mis barruntos de que vendrán visitas; y entre tanto, cuente usted algo, tio Marcelo. (*Aparte.*) Le gusta tanto contar cuentos!!

José. (*Colocándose entre Mateo y Marcelo.*) Padre, si nos contase usted la historia de aquel granadero á quien dió el Emperador la mitad de su cena.

Marcelo. Quince años hace que os la cuento todas las noches.

Margarita. A mí me gusta mas la de aquella vieja que dió albergue una noche al Emperador, y guardaba como una reliquia el vaso en que habia bebido el grande hombre. Sabes?... aquella de la cancion.

Marcelo. Sí; la de la cancion que cantas hace diez años todas las mañanas.

Marcelino. (*Acercándose con viveza.*) No, padre mio: mejor es que nos diga usted la historia de alguno de

aquellos pobres labradores que, entrando á servir de soldados, llegaron á ser mariscales de Francia, y condes, y duques, y se casaron con grandes señoras... y hasta con princesas.

Marcelo. (*Observando atentamente á Marcelino.*) Hola!

José. Y eso es verdad, padre?

Marcelo. Si es verdad? Como que yo lo he presenciado. Mas ahora voy á contaros un sucedido... (*Mirando á Marcelino.*) Un lance de amor... (*Marcelino da muestras de conmoverse.*) Sin perjuicio de arreglar entre tanto los chismes de la pesca. (*José pone en manos de su padre una caña de pescar; Marcelo se sienta; los demas le rodean y escuchan.*) La caña!... Un soldado pescador!... Ya ni cazar puedo: esta maldita mano está inútil... una bala en Lutzen... á otra cosa. Pues señor, estábamos en Dresde, y uno de mis camaradas, buen mozo, fornido, vamos, un muchachon como un castillo (*Con vanidad.*), decia para sí de esta manera: «pues que los generales se casan con las señoras mas encopetadas, á mi, que estoy en camino, me será lícito por lo menos enamorarlas.» Y dió en hacerle guiños á la hija del gobernador de la plaza nada menos. Una morena, pero qué morena: ojos grandes; la boca pequeñita como un piñon, y fresca como una rosa, pero siempre riéndose. Veiala nuestro hombre al balcon, y cuando él pasaba, ella, riéndose como he dicho, solia mas de una vez dejar caer las flores que tenia en la mano. En fin, que el bueno del soldado llegó á persuadirse de que estaba enamorada de él; y con esto la seguia de noche y de dia, y á todas horas, adorándola como á una diosa. Figúrense ustedes lo que le pasaria viendo una vez á su morena ir con una de sus amigas á presenciar la parada. Pobrecillo, no cabia de vanidad en el uniforme: el corazon se le saltaba por encima de las fornituras. Y no paró en eso; porque la morena, despues de mirarle muy atentamente, preguntó su nombre al capitan de la compañía. Se armó una broma entre los compañeros!... todos envidiaban la fortuna de mi hombre: el ejército entero le respetaba. A pocos dias le llama su capitan y le dice: «Fulano: la hija del gobernador le está á usted esperando, con que paso de camino y á su casa sin perder

tiempo.» El asombro fue general en el cuartel: por primera vez se veía á un capitan encargado de semejante comision... En fin, el dichoso, lleno de entusiasmo y de orgullo, fue á casa del gobernador: el gozo le enagenaba! La morena y su amiga le recibieron riéndose, como de costumbre; lo cual desconcertó al soldado, aunque era todo un hombre. La diosa tomó el lápiz y se puso á dibujar: su compañera colocó al pobre soldado en actitud harto grotesca, prohibiéndole que menease pié ni pierna. Saben ustedes qué estaba haciendo la morena? Retratando al infeliz que la adoraba, bajo la figura de un quinto muy cernícalo, engañado por una cantinera!

Todos. (*Riéndose.*) Ja, ja, ja!

Marcelo. Y lo mas chistoso del cuento es que el regimiento entero supo la aventura, que la morena se casó á la semana siguiente con el capitan de su víctima; capitan que despues ha muerto general; y que para poner término á las pesadas bromas de sus compañeros, tuvo el soldado que administrarle una solemne cuchillada á Pocapena, su mejor amigo. Pero mas pronto se curó aquel de la herida que yo de mi necio amor.

Todos. (*Riéndose.*) Ja, ja, ja!

Marcelo. Es decir: que el otro de su necio amor.

Mateo. Sí; el otro... Ya se le escapó á usted la verdad.

Marcelo. (*Riéndose.*) Yo habia de ser! Tengo yo cara de tonto? — Pero al asunto: por el sucedido que os he contado, comprendereis los peligros de subirse á mayores, y olvidar cada cual su posicion. Digo; y eso que la nuestra entonces era soberbia: corriamos el mundo como conquistadores: verdad es que no faltaban cachilladas ni balazos; pero ocasiones hubo en que una herida se apreciaba mas que un tesoro. Quién pensaba entonces en el dinero? — Yo no, por mi parte; que si quisiera...

Marcelino. (*Con viveza.*) Con que hubiera usted podido ser rico?

Marcelo. Algunos, y no pocos, hubo que en los paises estrangeros y en los campos de batalla se enriquecieron. Entre los muertos enemigos, los habia con los bolsillos repletos... Para qué diablos necesitaban el di-

nero en el otro mundo?—Pero á mí no me cuadraba despojarlos.—Matar, bien: era mi oficio: para saquear me faltaba resolucion.

Mateo. Vaya un escrúpulo! Lo que es yo...

Marcelo. Alguna vez, cuando entrábamos á la bayoneta en este ó el otro pueblo, lo confieso, si me encontraba al paso una linda muchacha, tal vez me atreví á despojarla...

Margarita. Marcelo! Marcelo!

Marcelo. Tranquilízate, patrona: ya no les quito cosa alguna á las muchachas: no tengas celos.

Margarita. Calla, viejo: celos en nuestros años!

Mateo. Es que el tio Marcelo, ha tenido una cabeza, que vamos... (*Aparte.*) Le pone de buen humor que le recuerden sus mocedades.

Marcelo. (*Muy alegre.*) A qué es negarlo? He sido muchacho! Pero volviendo á lo que decia, una vez llegué á creerme rico.

Marcelino. Cómo?

Marcelo. Allá en España: en cierta batalla, un comisario herido, dió con su cuerpo en un rio: caia sobre nosotros un diluvio de balas; mas con todo logré pescar á aquel desdichado y sacarlo á la orilla. Pobre hombre! de nada le sirvió: tenia dos balazos en el pecho. «Yo muero, me dijo, pero tu buena accion recibirá su recompensa;» y alargándome una cartera, tomó la baja para el otro mundo. Al dia siguiente emprendimos la marcha para Moscou. En la cartera encontré un tesoro en billetes del banco; millones y millones de francos. Durante algunos dias mi compañía entera disfrutó el hallazgo, y despues hice lo que me dijeron que era costumbre: depositar mis billetes en manos de un banquero muy rico, y muy honrado, que quince dias despues hizo bancarrota; con lo cual perdí mi dinero, segun tambien me dijeron que era costumbre en tales casos.

Mateo. Eso me huele á cuento, tio Marcelo!

Marcelo. Cómo cuento! Muger, dame esa cartera que está en el armario, para que vea el vecino que yo no soy hombre de cuentos. (*Margarita saca una cartera del armario y se la entrega á Marcelo.*)

Margarita. Toma, hombre.

Marcelo. Aqui estan las pruebas. Un legajo de papelotes, que he conservado no sé por qué razon, pues ya no pueden servirme mas que para encender la pipa.

Marcelino. Qué desgracia, padre mio!

Marcelo. Bah!

Marcelino. Todos seriamos felices!

Marcelo. Y no lo somos!

Marcelino. Pobres y felices! — No es posible.

Mateo. Lo ve usted, vecino: la educacion de Paris produce sus efectos: mas alguien viene.

Marcelo. (*Con alguna inquietud.*) Se engaña usted, vecino. No es cierto, Marcelino? Lo que has dicho ha sido efecto del aturdimiento y de tus pocos años.

Margarita. Quién se atreve á pensar mal de nuestro hijo? — Pero, por qué no aparta usted los ojos de la puerta, tio Mateo? Espera usted á alguien?

Mateo. No digo que no, vecina. Esta tarde se elige el alcalde, y los electores se porponen consultar al tio Marcelo, que es el oráculo del pueblo... Si; alguien se acerca; será su comisionado. (*A Marcelo.*) Si usted quisiera... nuestra antigua amistad...

ESCENA III.

LOS DICHOS, *y* EL INDIVIDUO DEL CONSEJO MUNICIPAL.

Municipal. Señor Marcelo: el consejo municipal, reunido en este momento para proponer alcalde, ha pensado nombrar á usted.

Marcelo. A mi!

Mateo. A él!

José. A mi padre!

Mateo. No le conviene.

Marcelo. Quiere decir que le conviene á usted, vecino.

Mateo. No digo que no.

Marcelo. Lo cierto es que en la vida se me ocurrió tal cosa. Yo no sé á punto fijo á qué se reduce ese empleo; mas oigo hablar siempre tan mal de los empleados...

Mateo. Hace usted perfectamente en no aceptar.

Marcelo. Se cree generalmente que solo se buscan los destinos por lo que valen.

Mateo. Lo que es por el destino de alcalde no podrán decirlo; pues no produce un ochavo.

Municipal. Es un cargo puramente honorífico.

Marcelo. Y entonces, por qué diablos dice usted que no me conviene, tio Mateo? Y qué tiene que hacer un alcalde?

Municipal. Administrar el pueblo: socorrer á los pobres y á los enfermos; hacer bien; velar por la felicidad pública.

Marcelo. Y este hombre dice que eso no me conviene!—Ah! ahora caigo... eso es: el alcalde interviene en las bodas; mantiene la paz en las familias; es el padre de los desvalidos de su pueblo; si ocurre una desgracia, acude el primero á remediarla... Friolera es el destinillo! Vale mas setenta veces que un ministerio.

Municipal. Esas palabras, señor Marcelo, prueban que el consejo municipal no se ha engañado en su eleccion. Corro, pues, á enterarle de que usted se presta á sus deseos; y mañana estará la propuesta en manos del Prefecto. Entre tanto, reciba usted mi mas cordial enhorabuena.

Mateo. (*Aparte.*) Me lucí! Habrá condenado! Siempre encima de mí: siempre encima!

Marcelo. Diga usted al consejo que su eleccion me llena de orgullo y de gratitud.

(*Vase el municipal, y con él Mateo.*)

ESCENA IV.

MARCELO. MARGARITA. JOSÉ. MARCELINO.

Margarita. Marido: sea enhorabuena.

Marcelo. (*Riéndose.*) Muchas gracias, señora alcaldesa!

José. Padre, que sea enhorabuena, de que usted es el alcalde, y no puede serlo el tio Mateo.

Marcelo. Calla, habladorzuelo.

Marcelino. Padre, felicito á usted por tan inesperada honra: quién sabe adónde podrá usted llegar?

Marcelo. A mi edad, hijo mio, todo lo que espera un hombre de juicio es llegar al cementerio sin mancha en su honra.

José. (*Aparte.*) Los diablos se estarán llevando al tio Mateo! Me alegro, me alegro!

Marcelo. Ahora, Margarita, prepárate á recibir á tu huéspeda.

Margarita. Con que viene mi Anita?

José. Mi hermana de leche! Qué gusto!

Marcelo. Pues no te lo he dicho! Anda; no pierdas tiempo.

Margarita. (*Abre el armario y saca de él, sucesivamente, los objetos que va nombrando.*) Pobre hija mia! con qué placer voy á abrazarla!... Eso... las sábanas finas... Regalo de ella... Ahora... el almuerzo de porcelana... Tambien regalo suyo; no me atrevo nunca á usarlo, no sea que se rompa alguna pieza. — Vamos á prepararle el cuarto. — Toma, José. (*Dale las sábanas. — Entra Margarita por la puerta de la izquierda.*)

José. Y tú que no la conoces, Marcelino! Ya se ve: te fuiste al colegio cuando ella solo tenia seis meses. — Ya verás qué linda, y qué señorita, y qué buena! A tí que no te gustan las labradoras, te van á encantar sus manecitas, y sus piececitos, y sus ojitos, no; sus ojazos, que los tiene muy grandes y muy hermosos.

Marcelo. Quiéres callar, chiquillo? Anda, vete con tu madre, y déjanos en paz, que tengo que hablar con tu hermano.

José. (*Aparte.*) Chiquillo! — Vete, que estorbas. — Calla, tontuelo. — Qué martirio! No, pues en llegando á ser hombre, yo me desquitaré: he de hablar de negocios y de amores cuanto se me antoje, y no he de permitir que meta su baza, mientras yo hable, ningun viviente. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

MARCELO. MARCELINO.

Marcelo. (*Confidencialmente.*) Vamos, cuéntamelo todo.

Marcelino. Y qué es todo?

Marcelo. Lo que conviene que yo sepa. Si despues tienes algo mas que decirme, hablaremos.

Marcelino. Se rie usted, padre!

Marcelo. Oyes, chico, quieres que llore porque tienes algun amorío metido en los cascos?—Mira: como sé lo que es eso, me río; y además, ya tú sabes que yo lo tomo todo alegremente. Gracias al cielo, he sido hombre de bien toda mi vida, y por eso me es lícito estar alegre en la vejez.—Vamos: confiesa, y pronto.

Marcelino. No me comprenderia usted, padre mio.

Marcelo. Bah! Tonto! se os ha metido en la cabeza á todos los hijos de estos tiempos que no os comprenden vuestros padres! como si antes de teneros, no hubiéramos sido tambien hijos nosotros!—Se te figura á tí que no nos palpitaba el corazon cuando veiamos una buena moza?—Si hubieras conocido, el *año dos*, á una cierta Mariana!... Cuerpo de Cristo, qué moza!!!

Marcelino. No hay nada de lo que usted imagina, padre.

Marcelo. Tropezaste con alguna coqueta? A todos nos ha sucedido otro tanto; y mas de una vez: es percance inevitable. Que el galan use uniforme ó levita, que sea de este ó del otro pais, que se trate del siglo presente ó del pasado, y que la dama se vista de percal ó de terciopelo, Marcelino mio, el resultado es el mismo, si él se apasiona y ella es ladina. Con que cuenta, hijo, cuenta; que estoy al cabo de la calle.

Marcelino. Es un amor sin esperanza.

Marcelo. Entonces... media vuelta á la izquierdz, y en retirada: marchen.

Marcelino. Eso es imposible.

Marcelo. Cómo imposible! No sabes que el Emperador tenia prohibida esa palabra?

Marcelino. Oigame usted.

Marcelo. Eso quisiera; pero no dices nada.

Marcelino. Seis meses há todavía mi ardiente aficion al estudio no dejaba cabida en mi alma á otros deseos, á otros pensamientos...

Marcelo. Asi parecia.

Marcelino. Mi ambicion se cifraba en llegar á ser un sabio médico, en ser útil á la humanidad.

Marcelo. Esa era la recompensa que yo esperaba, en premio de todos mis sacrificios.

Marcelino. Un dia... era por el mes de Mayo, cansado del trabajo fuíme al bosque de Bolonia á respirar el aire libre; y embelesado en mis pensamientos, halagado por el blando soplo del aura de la primavera, respirando, en fin, con delicia el perfumado ambiente de las tempranas flores, quedéme mas bien traspuesto que dormido. A poco, oigo una voz, suave, argentina, angelical, que dice: «no le desperteis; parece que es tan dichoso!...» Abro los ojos: veo una niña, un serafin, que se apoyaba en los brazos de otras dos jóvenes de su misma edad; y exclamo: «dichoso, sí; dichoso, ahora que miro tanta hermosura.»

Marcelo. Demonio de muchacho! Qué requiebro tan bien improvisado! se le conoce que es mi hijo.

Marcelino. En aquel momento sentí que la felicidad era otra cosa distinta de lo que yo me habia figurado.— Las tres niñas, asustadas con mi voz, dieron á huir á la carrera; la que habia hablado, apenas convaleciente, segun supe despues, de una enfermedad grave, no pudo resistir aquel esceso de fatiga, y perdió el sentido. Un grito de sus compañeras me hizo correr á ellas; recibí á la desmayada en mis brazos, y haciéndola respirar el aroma de este pomito (*Saca un pomito de cristal.*) que llevaba por casualidad en el bolsillo, y que desde entonces no se ha separado de mí, tuve la dicha de que recobrara el sentido.

Marcelo. Y de perder tú el juicio.

Marcelino. Recompensóme la enferma con una sonrisa deliciosa; y su madre, que acudió luego, me hizo mil lisonjeros cumplimientos. Pareciame en aquel momento que yo tambien era parte de aquella encantadora familia; pero ay de mí! que veo acercarse un coche magnífico, con blasones en las portezuelas, con libreas en los criados... Y entonces comprendí que las riquezas, y las distinciones aristocráticas, eran un abismo que me separaban de aquellas gentes.

Marcelo. Qué diablo de necesidad tenian de irse á pasear por donde este infeliz dormia pacíficamente.

Marcelino. Desde entonces fuí todos los dias sin faltar uno al bosque de Bolonia: volví á verla, y aun á hablarla algunas veces.

Marcelo. Diablos de gentes! no tenian otra parte donde pasearse?

Marcelino. Una vez dejó caer una rosa que llevaba en la mano, y vió, sin enfadarse, que yo, recogiéndola, me la guardé en el pecho.

Marcelo. (*Aparte.*) Vamos, la historia de marras.

Marcelino. Otro dia la vi de lejos tomar un ramillete que yo habia dejado sobre el banco en que estaba sentado algunos momentos antes.

Marcelo. (*Aparte.*) Pues: lo mismo.

Marcelino. Púsose el ramillete en la cintura, y al dia siguiente llevaba al cuello la cinta azul con que las flores estaban atadas.

Marcelo. Pues: lo mismo, lo mismo. Es decir, Marcelino, que el haberte educado en un colegio, como si fueras hijo de un general; que el haber manejado mas libros que en mi tiempo habiamos visto siquiera entre todos los soldados de mi regimiento; tanta filosofía y tantas garambainas, en fin, no han impedido que te rindas á un palmito de quince años, como lo hizo, siendo quinto, tu venerable padre. Eso no pasa, amigo mio, eso no puede pasar.

Marcelino. Padre mio!

Marcelo. Anda y dile á un señoron rico y noble: «soy pobre, aunque honrado é instruido; estoy perdido de amores por su hija de usted; venga su mano, que yo la haré feliz.» De fijo te envia con doscientos demonios.

Marcelino. (*Con viveza.*) Lo sé, me lo he dicho mil veces; y esa es mi desesperacion. Pero en el dia el dinero lo hace todo; las demas distinciones sociales desaparecen ante el poder del oro. Pues bien: yo sabré ganarlo; yo seré rico...

Marcelo. (*Con ternura.*) Marcelino, hijo mio, estás loco. Vuelve en ti, sé hombre: es preciso renunciar á esa muger, á esas ideas que pueden perderte. No hay otro remedio; con que toma tu partido. A quién no le salieron fallidas alguna vez sus mas caras esperanzas? Mira, yo tenia una, y algo mas importante que la tuya. En 1815 Napoleon, el Emperador en persona, me prometió, y en el campo de batalla, promoverme á oficial y condecorarme con la legion de honor...

Pues bien: él ¡oh dolor! partió... y yo, en vez de la charretera y la cruz, recibí dos heridas, con las cuales volví á este pueblo, ocupado entonces por el enemigo... Tú no me entiendes; son pesares que es necesario haber esperimentado para comprenderlos; pero, créeme, cuando yo vivo, las penas no matan. Con que, valor, hijo mio; valor.

Marcelino. (*Abrazando á su padre.*) Tengo un buen padre; y esto es mucho.

Marcelo. (*Mas sereno.*) Qué diablos! Dios envia el frio, pero tambien da la manta. Tu madre, mi buena Margarita, me cuidó y me dió su mano á pesar de verme pobre, triste y enfermo; y eso que, como hija de un labrador rico, hubiera podido escoger el que mas le acomodase de los mozos del pueblo. Ello es verdad que con las guerras de aquel tiempo no quedaban en la comarca mas que tres solteros: tuerto el uno, jorobado el otro, y tonto el tercero; pero de todas maneras siempre agradezco la generosidad de tu madre, que me prefirió.

Marcelino. Padre mio, tendré valor; no volveré á pensar en ella. (*Aqui mira, como por acaso, á la ventana, y hace un movimiento de sorpresa.*)

Marcelo. (*Tomando la mano de su hijo.*) Tendrás calma, serenidad?

Marcelino. (*Estremeciéndose.*) Sí, padre mio.

Marcelo. No tratarás de volverla á ver?

Marcelino. Nunca. (*Suelta la mano de su padre, y precipítase á la ventana.*) Qué veo! Es posible?

Marcelo. Qué sucede?

Marcelino. Es ella, es ella!

Marcelo. Está loco; completamente loco.

Marcelino. Padre mio, el coche, la librea de que le he hablado á usted, acabo de verlos pasar; si es que mi corazon no los ha fingido.

Marcelo. Dios tenga misericordia de nosotros. Este muchacho es capaz de hacer un desatino.

Marcelino. No es ilusion: el coche se acerca; y viene aqui: estoy loco?

Marcelo. (*Apartando á su hijo de la ventana y asomándose él.*) A no dudarlo. En efecto, se acerca un coche. Toma: ya lo conozco, y á la que viene dentro tambien.

Marcelino Pero, si es ella, padre mio.

Marcelo. Esa muchacha? Dios me asista. Parece cosa de brujeria. Sabes quién es esa muger? La hija de un general, del baron de Ermont, mi antiguo capitan; el mismo que se casó con la morena que se burlaba de mí en Dresde.

Marcelino. Ah!

Marcelo. Será cosa de que se transmita la aventura de generacion en generacion?... No en mis dias! A tu cuarto; y quieto en él; porque, en efecto, viene á casa: es hermana de leche de José.

ESCENA VI.

MARCELINO. MARCELO. ANA. MARGARITA. JOSÉ. UN CRIADO *que, despues de llevar algunas cajas y un saco de noche al cuarto de la izquierda, se retira.*

Margarita. Aqui está, aqui está! Es ella, mi hija!

Ana. A Dios gracias, ya estoy aqui. (*Abraza tiernamente á Margarita.*) Ama mia!... Buenos dias, papá Marcelo: cómo va de la pierna?

Marcelo. Algo me estorba siempre para andar.

Ana. (*Ofreciéndole el brazo.*) Apóyese usted en mí.

Marcelo. Nada mas justo: cuando era usted niña, señorita, necesitaba de mi apoyo para andar; ahora que soy viejo, necesito yo del de usted. Yo ayudé á usted á empezar la vida, y usted me ayudará á mí á acabarla.

Ana. Y el enredador de José, dónde anda? Le traigo mil regalos.

José. Un abrazo, hermosa hermana, y renuncio á todos ellos. (*Abrázanse.*)

Marcelino. (*Aparte.*) Qué dirá viéndome en esta cabaña?

Margarita. Qué gozo, hija mia, mi querida Anita!

Ana. (*Acercándose á Marcelino.*) Y el otro hermano, por qué calla?

Marcelino. Cómo!... Sabia usted?...

Ana. (*Riéndose.*) Que iba á encontrar aqui á un antiguo conocido? Sí por cierto: lo sabia. (*Tiende la mano á Marcelino, que la estrecha con timidez y sorpresa.*)

Marcelo. (*Aparte.*) Lo mismo se rie que su madre en

Dresde. Pobre Marcelino! Preciso será que yo ponga mano en el negocio.

Ana. (*Sacando de su ridículo un libro de memorias.*) Este libro de memorias, que encontré en el bosque de Bolonia cierto dia que en él nos vimos, me enteró de quién era el señor. Porque nos hemos visto y hablado muchas veces; aunque, con ánimo de sorprenderle ahora, le callé siempre que yo era tambien de la familia.

Marcelino. Con que usted tenia ese libro que yo creí perdido?

Ana. Vea usted. Aquí está su nombre; algunos versos sobre la felicidad de la vida estudiosa y retirada; y las demas hojas en blanco. Devuelvo á usted su libro; siga escribiendo en él sus pensamientos, y tal vez un dia me concederá la confianza que debo ahora á la casualidad, pero que espero merecer en adelante.

Marcelino. (*Besando con entusiasmo la mano de Ana.*) Es usted un angel!

Marcelo. (*Aparte.*) Hola! Parece que ahora no se rie: no lo entiendo.

Ana. Pero qué pensativo está mi papá Marcelo!

Marcelo. (*Aparte.*) Y con razon sobrada.

Margarita. Y es verdad, marido: qué tienes?

Marcelo. Nada, muger, nada: la sorpresa, la alegría...

Ana. Tambien yo estoy alegre; porque hace muchos meses que deseaba venir; pero mamá no me ha dejado salir de París, á pesar de mi mala salud y de que yo estaba segura de recobrarla aquí, al lado de mi ama, como ya me sucedió en la niñez.

Margarita. Con que has estado mala, hija de mi vida!

Ana. Mañana hablaremos de eso, madre mia.

José. Mañana? Gran dia: la fiesta del pueblo; vienen las señoritas de la ciudad y bailan con los labradores; pero contigo, hermana, bailará Marcelino.

Marcelino. Consiente usted?

Ana. Consiento, y acepto un ramillete que conservaré todo el dia.

Marcelo. (*Aparte.*) Todo se lo lleva la trampa si no impido ese bailoteo. (*Habla en secreto con Margarita.*)

Ana. (*Echándose mano al cuello.*) Ay mi cinta azul!

Marcelino. (*Aparte á ella.*) La conserva usted todavía?

Ana. Si... pero qué he hecho de ella?... Ah! ya me acuerdo: en el pabellon del parque me la he dejado. Dios mió! si alguno la encontrase, qué desdicha!

Marcelino. (*Aparte.*) Ah!

Ana. Yo, que no queria llevar mañana otro adorno!...

Marcelino. (*Aparte enagenado.*) Mi cinta!

Marcelo. (*Acercándose á ellos.*) Qué es eso? de qué se trata?

Ana. De nada: arreglamos nuestro plan para mañana.

Marcelo. Ea, pues hasta mañana, hija mia; que es tarde, y en los lugares las gentes se recogen temprano.

Margarita. Vamos, vamos á dormir. Tú, mi Anita, no estarás tan bien como en París.

Ana. Estaré mejor. Buenas noches. (*Saluda y entra con Margarita en su cuarto; José se va al suyo; y Marcelo encierra con llave á Marcelino en el otro.*)

ESCENA VII.

MARCELO.

Ya tengo al enemigo bloqueado; mas á pesar de la resolucion del ejército sitiador, el peligro es grave y no hay que perder momento. Voy á tomar la orden del general en gefe, es decir, de la madre de la chiquilla, á quien es preciso enterar de cuanto pasa. La honradez lo exige, y la honradez y la disciplina son inflexibles. Sepa pues la baronesa lo que ocurre, y tome las medidas que juzgue oportunas. Aun tengo tiempo, que en la quinta se acuestan tarde. Qué diablos traerá ahora mi muger.

ESCENA VIII.

MARCELO. MARGARITA.

Margarita. Sabes, Marcelo, que viene á pasar quince dias con nosotros?

Marcelo. Hola! quince dias! (*Aparte, señalando las puertas de los cuartos de Ana y de Marcelino.*) Quince dias el uno tan cerca del otro!

Margarita. Vaya, yo estoy loca de contenta... Pero qué haces?

Marcelo. Tomar el sombrero y el palo.

Margarita. Vas á salir?

Marcelo. Asi parece.

Margarita. A estas horas!

Marcelo. Todas son buenas para hacer un hombre lo que debe. Tú acuéstate, que estás cansada; que yo me voy por la puerta falsa, y asi llegaré mas pronto.

Margarita. Con que vas á la quinta, segun eso?

Marcelo. Es posible; pero despues hablaremos. A Dios.

Margarita. (*Deteniéndole.*) Oye, Marcelo: desde que llegó mi Anita estás tú asi, no sé cómo... Sabes algo que la interese?

Marcelo. Tambien es posible. En primer lugar sé que su madre trata de casarla.

Margarita. Oiga! y con quién?

Marcelo. Con un ciudadano, cuyo nombre no me han dicho, aunque sí que se acerca á los cincuenta años.

Margarita. Con un viejo!

Marcelo. Viejo, si, pero rico; y los ricos nunca son viejos. Pero me estás haciendo charlar; y yo tengo que hacer.

Margarita. No sé por qué, pero me ha trastornado lo que me has dicho. Me da el corazon alguna desgracia.

Marcelo. Si me detienes pudiera muy bien suceder que aconteciese. (*Aparte.*) Y aconteceria sin remedio; porque el chico es hijo mio.

Margarita. Pero qué es lo que hay?

Marcelo. Ya te he dicho que hablaremos de eso. A Dios; pronto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MARGARITA. *Luego* UN CRIADO. *Despues* ANA.

Margarita. (*Sola.*) Qué quiere decir este hombre? qué desgracia es la que pudiera suceder si él no saliese?... No me gusta el matrimonio que preparan para mi Anita... mi gozo en un pozo. (*Llaman á la puerta.*) Quién será á estas horas? (*Abre la puerta y entra el criado.*) Ah! Es usted, señor Pedro?

Criado. Sí señora; vengo á toda prisa á buscar á la señorita.

Ana. Qué hay, Pedro? Aun no me habia acostado, y como he oido parar el coche á la puerta, vengo á saber qué ocurre.

Criado. La señora baronesa, variando de propósito á la mitad del camino, en vez de proseguir á la ciudad inmediata, como se lo habia propuesto, está de vuelta en la quinta.

Ana. Dios mio! qué habrá dicho no hallándome en casa!

Margarita. (*Asombrada.*) Pues cómo...

Ana. Le diré á usted, amita: mamá me ha negado ya diferentes veces su licencia para venir aqui; ahora me dijo que iba á pasar quince dias en la ciudad, y yo quise aprovecharlos para dar á ustedes un abrazo. Mamá me hubiera perdonado despues; y además, dejé prevenido que me avisasen de su vuelta con tiempo.

Criado. Por eso he venido yo á escape con el coche. La señora baronesa, algo indispuesta, se ha metido en la cama asi que ha llegado; y como usted, señorita, habita el pabellon del parque, si nos vamos pronto no hay necesidad de que sepa que usted ha salido de casa.

Ana. No; eso no: yo se lo diré mañana: mamá es muy buena conmigo; solo que, yo no sé por qué, se habia encaprichado en no dejarme venir...

Margarita. Yo sí sé por qué: por orgullo. No le parecerá bien que la hija de un general viva con la familia de un pobre sargento.

Ana. (*Con viveza.*) De un compañero de armas de mi padre, del que le salvó la vida en una batalla. No, ama mia, no; entre nosotros no hay distancia ninguna: mi padre empezó como Marcelo, de soldado; la fortuna le fue propicia, ascendió; mas no por eso deja de ser cierto que en virtud, en honra y en servicios á la patria, nadie aventaja á Marcelo.

Margarita. Sí; á los diez y ocho años todo eso está muy bueno; pero la señora baronesa tiene algunos mas; y siento mucho que por nosotros te hayas espuesto á enojarla. (*A una seña de Ana entra el criado en su cuarto, y sale inmediatamente con el chal y el sombrero de esta.*)

Ana. Para evitarlo, si puedo, me voy corriendo.

Margarita. Si el corazon me daba á mí que habia de suceder alguna desgracia esta noche! Cuánto sentirá Marcelo no poder decirte á Dios!

Ana. (*Abrazándola.*) Despídase usted por mí de todos: mañana nos veremos en la funcion. A Dios, ama mia. (*Vase con el criado; Margarita la acompaña hasta la puerta; con el intervalo necesario se oye rodar el coche.*)

ESCENA X.

MARGARITA.

Qué tristeza! yo que me habia prometido desquitarme en estos quince dias de tan larga ausencia; y apenas llega cuando me la quitan!... (*Rumor de voces dentro.*) Pero qué voces serán estas? (*Acércase á la puerta del foro, y mira por ella.*) Qué traerá el tio Mateo tan trastornado?

ESCENA XI.

MATEO. MARGARITA.

Margarita. Qué es lo que sucede, vecino? no se duerme esta noche en la aldea?

Mateo. Pobre señora Margarita! Mas quisiera yo estar durmiendo, que haber visto lo que he visto.

Margarita. Cómo! Y con qué motivo corre usted los campos á estas horas?

Mateo. Con qué motivo!... Qué ha hecho usted de Marcelino, señora Margarita?

Margarita. De Marcelino?

Mateo. Del mismo. Acaban de prenderle en la quinta, cogido *in fraganti.*

Margarita. Marcelino preso en la quinta!!!

Mateo. En la quinta, y preso... Ya me habia á mí parecido que era él un mocito que hace poco pasó á mi lado tapándose el rostro.

Margarita. Qué es lo que está usted diciendo?

Mateo. Digo, que aunque no soy yo quien le echó el guante, le he visto muy á mi sabor cuando los gendarmes le metieron en el cuarto del conserge.

Margarita. Tio Mateo, usted se ha vuelto loco: Marcelino está en su cuarto.

Mateo. Si, en su cuarto.

Margarita. Va usted á verlo. (*Al encaminarse al cuarto de Marcelino aparece Marcelo en la puerta del foro; Margarita se detiene y esclama:*) Marcelo!

Mateo. Ahora verá usted.

ESCENA XII.

DICHOS. MARCELO.

Marcelo. (*Al paño.*) Habrá gente mas curiosa! Si digo que no le he visto; que se ocultaba el rostro con la capa cuando le eché mano.

Margarita. (*Con inquietud.*) Con que es cierto que hay un preso?

Marcelo. El ladron: su negocio está claro; un presidio por lo menos. Figúrate que al acercarme á la quinta, y á pesar de la oscuridad, diviso á un prójimo que se descolgaba de la ventana del pabellon... Al momento dije para mi capote: este es el ladron del tio Mateo.

Mateo. (*Aparte.*) Mejor dijeras el del tio Marcelo.

Marcelo. Dí una voz, acudieron los gendarmes que estaban en el cuarto del conserge, y al momento le cogimos. En seguida fuí á mi negocio. Pero qué... la señora baronesa estaba en cama, y me ha sido imposible verla. De todos modos no he perdido el tiempo; ese tunante no volverá á robar en su vida.

Mateo. Robo nocturno, escalando una casa... mal pleito!

Marcelo. Es preciso hacer un escarmiento.

Mateo. Lo que es el delincuente no merece compasion; pero para sus pobres padres es cruel.

Marcelo. Sus padres! Los ladrones no tienen padres... pero por qué pone usted esa cara tan larga, tio Mateo?

Mateo. (*Apartándose de Marcelo.*) Infeliz!

Marcelo. Qué es esto, Margarita, qué es esto, Mateo? (*Breve pausa.*) Estan ustedes mudos? Ese silencio es horrible.

Margarita. (*Llorando.*) Marcelino!...

Marcelo. (*Alarmado.*) Qué le ha sucedido? (*Acércase á la puerta del cuarto de Marcelino, y da golpes en ella.*) Marcelino! Marcelino!

Mateo. Cómo ha de venir, si usted se lo ha entregado á los gendarmes!

Marcelo. Marcelino!!! (*Mete la llave en la cerradura, y con la turbacion no acierta á abrir.*)

Mateo. Usted mismo le ha prendido en la quinta: él era quien bajaba del pabellon.

Marcelo. (*Colérico.*) Mi hijo? Miente usted: no es posible... Marcelino! Marcelino!... Sal y ven á confundir á este calumniador. (*Consigue abrir la puerta, entra rápidamente en el cuarto, da dentro de él un grito de dolor, que hace estremecerse á Margarita, y vuelve á salir pálido y desencajado.*) No está!... Abierta la ventana!... No está!... Oh Dios mio! (*Déjase caer desesperado sobre una silla.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa una sala en la quinta de la baronesa de Ermont: puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL JUEZ *y* UN CRIADO *entran por la puerta del foro. A su tiempo* LA BARONESA *por una de las laterales.*

Juez. Con que dice usted que el conserge ha ido á avisarme de que anoche se cogió á un ladron in fraganti?

Criado. Sí, señor juez.

Juez. Voy al momento á tomarle declaracion; pero antes deseo hablar á la señora baronesa de Ermont... aqui viene: retírese usted. (*Vase el criado por el foro; entra la baronesa por una de las puertas laterales.*)

Baronesa. Bien venido, amigo Gabrianne; acaban de decirme su llegada de usted, y estaba impaciente por verle. (*Le alarga la mano.*)

Juez. (*Besando la mano á la baronesa.*) Figúrese usted si lo estaria yo, señora baronesa.

Baronesa. Segun parece, en este pais la justicia no cierra los ojos ni de dia ni de noche; porque para ver á usted tan de mañana, preciso es que haya salido antes del amanecer de la ciudad.

Juez. Cierto, señora, que mi empleo es penoso, y yo procuro llenar cumplidamente sus obligaciones.

Baronesa. (*Sonriéndose.*) Sí; pero los ladrones madrugan algo mas que la justicia. Ya sabrá usted lo que ha ocurrido esta noche?

Juez. Me lo han dicho apenas he llegado; pero la causa de mi venida es otra.

Baronesa. Ah!

Juez. Sí señora: negocios para usted muy graves.

Baronesa. Negocios graves? Por el cielo santo dejémoslos: sin ellos me aburro bastante en el campo.

Juez. No ha de entrar usted nunca en razon?

Baronesa. No será por falta de oir hablar de ella desde que nos conocemos: es decir, hará unos diez años.

Juez. (*Sonriéndose.*) Con otros diez de añadidura.

Baronesa. Sean los veinte. El hecho es que hice perfectamente en no aceptar la oferta que, muerto el general, me hizo usted de su mano. Tiene usted demasiado juicio para mí.

Juez. Demasiados años, no es verdad? Y sin embargo va usted á darme la mano de su hija.

Baronesa. Amigo, eso es otra cosa, á un hombre que acaba de heredar...

Juez. Pero que tiene cuarenta y ocho años.

Baronesa. Ana tiene cincuenta por lo que respecta al juicio, y yo, amigo, no soy mas que una muger de mi edad.

Juez. (*Riéndose.*) Una muger de su edad de usted!

Baronesa. (*Riéndose.*) Es decir, de la edad en que me he plantado.

Juez. Eso es, franco.

Baronesa. Pues en gracia de esa franqueza bien pueden perdonárseme otras debilidades: además de que nadie confiesa los años que tiene, y no he de ser yo la única vieja del mundo.

Juez. Basta de esplicaciones: entre amigos no se ajustan las cuentas con tanta severidad.

Baronesa. (*Riéndose.*) Con quien no han de ajustarse es con los enemigos, entre los cuales cuento las penas, los negocios, las modistas y los años. Por mi parte jamas entré en cuentas con ellos.

Juez. Eso precisamente venia á decirla á usted; porque su imprevision ha sido tal, que en el dia...

Baronesa. Por piedad! Me está usted acusando siempre!

Ya se ve, la costumbre! Y sin embargo, una amistad de quince años...

Juez. De veinte.

Baronesa. (*Riéndose.*) Vaya por los veinte, que es tiempo mas que suficiente para que haya usted conocido lo que detesto las cuentas. Mientras vivió el general, mi marido, él recibia el dinero y yo lo gastaba: asi debe ser en todo buen matrimonio. Desde que estoy viuda recibo y gasto lo que me traen y lo que necesito. Mientras pueda satisfacer mis caprichos, á qué meterme en honduras? No hace usted lo mismo?

Juez. Yo, señora! No por cierto. Mi padre tuvo muchos altos y bajos en su fortuna: por otra parte era mas pródigo de consejos que de dinero; y asi he pasado mi juventud en un empleo de la magistratura que, como todos ellos, da mas honra que provecho. La herencia misma de que acabo de tomar posesion no asciende mas que á 3002 francos.

Baronesa. Acaba usted de vender las tierras que tenia en este canton; y ayer han traido á esta quinta su importe.

Juez. Ciertamente: era preciso que ese dinero estuviese hoy aqui.

Baronesa. No comprendo la causa.

Juez. Mas tarde la comprenderá usted: pero dejando por ahora los negocios, que tanto empalagan á la señora baronesa, me limitaré á decir que el objeto á que destino la mayor parte de mi modesta herencia, no me permite lisonjearme con la esperanza de una vida opulenta, ni renunciar mi empleo de juez de instruccion.

Baronesa. No olvide usted, amigo mio, que Ana es pobre: su padre no la ha dejado mas que un nombre glorioso, y hasta que yo muera, no entrará mi hija en posesion de mi escasa fortuna.

Juez. Señora, no hablemos de eso.

Baronesa. Bien: dejémoslo para el dia del contrato. Asi como asi, hay una porcion de impertinentes que pretenden que no pago lo que debo.

Juez. Yo temo que tengan razon.

Baronesa. Allá lo veremos; pero lo cierto es que mi hija necesita un tutor mas severo que yo. Figúrese

usted que ayer tarde, creyendo que yo iba á pasar quince dias en la ciudad, se me escapó de casa, y se fue á la de su nodriza; una escelente muger, casada con un sargento que fue del regimiento de mi marido. Verdad es que me la crió muy bien.

Juez. El corazon de Anita es escelente.

Baronesa. Pero sus ideas demasiado romancescas; y ya es tiempo de que empiece á conocer el mundo tal como es, por eso he resuelto casarla.

Juez. Con un juez viejo! (*José y Mateo al foro sin atreverse á entrar.*)

Baronesa. Qué buscarán estos aldeanos? (*A José.*) Qué quieres, niño?

ESCENA II.

DICHOS. JOSÉ *y* MATEO.

José. Alabado sea Dios! Con permiso. Pues señora, yo soy José, el hermano de leche de la señorita Ana.

Baronesa. Ah!

José. Y este hombre es el tio Mateo: (*Mateo le tira de la chaqueta.*) es decir, el señor Mateo, el teniente alcalde, el que manda hasta que llegue el nombramiento de mi padre: (*Bajo á la baronesa.*) un tonto, señora, un tonto.

Baronesa. Hola!

Mateo. (*Saludando.*) Ha dicho el chico la verdad: tengo el honor de ser la única autoridad del pueblo; porque el alcalde todavia no ha recibido su nombramiento, ni lo recibirá.

José. Y por qué no ha de recibirlo? porque usted se ha parado en el camino á intrigar con los gendarmes?

Mateo. Chico, yo no soy intrigante: es cierto que he estado hablando con los gendarmes, pero sin mas objeto que el de instruirme. Esos señores estan al corriente de todos los robos y asesinatos que se cometen en la jurisdiccion...

Baronesa. Con que sí?

Juez. Ni mas ni menos que los periódicos de París.

José. Por sí ó por no, yo no he querido perderle de vista, porque estoy persuadido de que se propone con-

seguir, por la intercesion de la señora baronesa, el destino que está prometido á mi padre.

Baronesa. Vea usted!

Juez. Lo mismo pasa aqui que en Paris.

José. Y, á no ser porque estoy yo delante, tal vez les quitaria el pellejo á mi padre y á mi hermano; porque, aunque hablaba bajo con los gendarmes, yo le he oido pronunciar el nombre de Marcelino.

Mateo. (*Con ridícula solemnidad.*) Niño, no hables de tu hermano: demasiado presto se verán los efectos de su mala educacion.

José. Habráse visto!

Baronesa. No se te ofrece otra cosa?

José. Si, señora, si. Mi hermana, es decir, la señorita me dijo anoche que tenia que enviarme á un recado por la mañana; y como se marchó sin despedirse, he venido á ver qué tiene que mandarme.

Baronesa. Supongo que nada, porque me ha dicho que hoy no quiere recibir á nadie; está acabando un cuadro, creo. Además, hijo, no le faltan criados.

José. Ya lo sé, pero yo habia dado mi palabra; y como dice padre... (*Mirando al foro.*) Calla! pero aqui viene. Ya verá usted de qué le sirven sus intrigas, tio Mateo.

Baronesa. Es Marcelo, en efecto. Vamos: una verdadera irrupcion de bárbaros.

ESCENA III.

DICHOS *y* MARCELO.

(*Marcelo al foro, se detiene y apoya un instante en el quicio de la puerta.*)

Marcelo. Tiemblo al pisar esta casa; pero no hay otro remedio. (*Entra.*) Aqui Mateo!

Mateo. (*Aparte á Marcelo.*) Nada se sabe aun de Marcelino.

José. Está usted malo, padre?

Baronesa. Las heridas, sin duda.

Marcelo. Si señora, de una herida: apenas puedo andar, creí que no llegaba hoy á la quinta.

Baronesa. Si Ana le hubiera visto á usted, hubiera corrido en su auxilio; porque está muy agradecida á lo que usted la cuidó en su niñez.

Marcelo. Es tan buena! por qué no habia de estar siempre á mi lado, en la familia que la adora!... Pero no: no puede ser ya; ni la tendré á ella, ni tal vez á...

Baronesa. Qué tristeza!

José. Ya sé yo la causa: la señorita se vino sin despedirse de padre; y por eso... deje usted... voy á buscarla; y la traeré conmigo. —No se aflija usted, padre. (*Vase corriendo.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* JOSÉ.

Marcelo. (*Aparte.*) Disimulemos!

Baronesa. Usted que está siempre de buen humor, ahora tan melancólico! (*Al juez.*) Es un veterano, un valiente que ha hecho todas las campañas de Napoleon.

Marcelo. (*Recobrando un tanto de su buen humor á medida que entra en materia.*) Ah! lo que es eso sí; es cierto.

Baronesa. Se acuerda usted de Dresde?

Marcelo. Pues no he de acordarme! —Qué de reyes, que de emperadores!... Todos á los piés del nuestro, del Emperador de los emperadores... Y con todo eso... diablo de pueblo, hice el tonto en él de lo lindo, sin embargo de que ya entonces no lo era al frente del enemigo. —Las balas de los rusos no me hacian temblar, y allí temblé delante de una flor... Ello es que se usaban unas sonrisas en el tal Dresde, mas temibles que las bombas. Ay de mí! Acabáronse los tiempos de las flores y de las sonrisas; y ni una bala hay de cañon para sacar de penas á un hombre.

Juez. Conozco á usted de reputacion, señor Marcelo: su nombre de usted es uno de los mas respetables y respetados en esta comarca.

Marcelo. Señor!

Baronesa. Ahora podrán ustedes hacer mas ámplio conocimiento. El señor, Marcelo, es el juez de instruccion

del distrito, ante quien tiene usted que declarar sobre el ladron que prendió anoche, segun me han dicho.

Marcelo. (*Con angustia.*) Sí señora: yo fuí; yo fuí.

Juez. Los hombres de bien deben obrar de acuerdo contra los malos; y nosotros nos entenderemos facilmente.

Marcelo. (*Turbado.*) Señor! tanta honra! (*Aparte.*) Oh, Marcelino!

Baronesa. Qué tiene ese hombre?

Juez. Su turbacion es, en efecto, notable.

Marcelo. (*Aparte.*) Si supierais la causa no la estrañariais!

Baronesa. Marcelo, le desconozco á usted.

Juez. (*Aparte.*) Algun misterio hay en esto.

Marcelo. (*Aparte.*) Me es imposible contenerme; y al cabo no puede tardar en saberse todo; con que hablemos claro de una vez.

ESCENA V.

DICHOS. JOSÉ, *apresuradamente.*

José. (*Foro.—Al paño.*) Les digo á ustedes que entraré, mal que les pese.

Baronesa. Qué sucede?

José. Qué vengo á pedir justicia, señora baronesa. Yendo á buscar á la señorita, vi por la ventana de un cuarto á mi hermano encerrado en él...

Baronesa. Marcelino! encerrado?

José Quise entrar donde estaba, y no me dejaron.

Baronesa. Con que el hombre á quien han preso esta noche es Marcelino?

José. Sí señora; y no me dejan verle, ni hablarle, ni preguntarle cómo es que está preso!

Juez. Ahora ya comprendo el misterio, ya sé la verdad.

Marcelo. La verdad! Ah! con qué impaciencia deseo saberla!—Por piedad, señor, que venga... Que se le tome declaracion al instante... Porque es horrible lo que un padre padece pensando que su hijo está preso, con apariencias de culpable; que sobre un pedazo de su alma, á quien ha educado con la mas tierna solici-

tud, á quien creía un modelo de virtud, en cuya felicidad cifraba la suya, pesan indicios del mas vergonzoso de los crímenes.

Mateo. Sí; lo que es hijo de usted no niego que lo sea: pero no le ha criado usted en su casa; y de aquellos polvos... No le dije á usted que no le enviara á París? —En aquel pueblo, el lujo y la vista de las riquezas corrompen á la juventud y... No es este el primero que se ha perdido.

Marcelo. (*Aterrado.*) Oh!... (*Recobrándose.*) Pero no: es imposible. (*Impaciente.*) Mas por qué se tarda en que todo el mundo conozca su inocencia?

Baronesa. Tiene usted razon, Marcelo: yo tambien estoy impaciente. Amigo Gabrianne, en casa tiene usted á los testigos y al acusado; estoy segura de que en su prision se ha cometido un error deplorable, y es menester repararlo cuanto antes.

Juez. Si asi fuere, le mandaré poner en libertad desde luego. (*Al foro.—Al paño.*) Venga el acusado.

Marcelo. A Dios gracias!

ESCENA VI.

DICHOS. MARCELINO. EL MUNICIPAL. DOS GENDARMES. *Algunos* CRIADOS *y* LABRADORES.

Marcelo. (*A los labradores.*) Acercaos y decid si el tio Marcelo no tiene ganada hace muchos años la reputacion de hombre honrado; decid si no está bien visto; decid si no es generalmente estimado.

Un labrador. Es un hombre de bien.

Marcelo. No he sido siempre buen vecino, leal, dispuesto á sacrificarme por todos?

Municipal. Oh! la perla de los hombres! servicial, caritativo!...

Marcelo. Bien, amigos mios; gracias. Decidme ahora, si no he procurado educar á mis hijos en los mismos principios? Decidme si no creeis que ellos tambien son honrados? —Pues mirad á Marcelino, preso como un criminal.

Marcelino. Padre mio!

Marcelo. Que la justicia decida, y pronto; que nos de-

vuelva nuestra tranquilidad, nuestra alegría, nuestra honra. No es cierto, amigos?—Ahora le toca á usted, señor juez.

Juez. Quién de los presentes puede enterarme de lo sucedido anoche? Quién referirme, cómo, dónde y por qué se ha preso á este jóven?

Mateo. Señor juez, hé aquí lo que ha pasado: hace algunos dias se oyeron ruidos sospechosos por la noche en las inmediaciones de la quinta; á la mañana se hallaron impresas al pié de sus muros las huellas de un hombre.—Ante ayer le robaron dos cubiertos de plata al conserge, y se creyó que el ladron habria entrado por una ventana que inadvertidamente se dejó abierta: con tales antecedentes todos estábamos alarmados, y singularmente yo, como autoridad única que soy por ahora en el pueblo. Sucedió pues, que anoche, estando yo en conversacion con un gendarme, oí dar voces: era el tio Marcelo, que habia visto á un hombre deslizarse como un gato, desde la ventana del pabellon por la pared abajo. Inmediatamente echo á correr, *con el gendarme;* me coloco, *con el gendarme* tambien, á la entrada del bosque, donde el fugitivo fue á refugiarse; y, *con el gendarme* igualmente, le eché mano. Como era de noche cuando le prendimos, y él ocultaba el rostro, no fue posible conocerle, hasta que llevado al cuarto del conserge, le vimos todos y esclamamos: Marcelino! Marcelino! Desde entonces acá, lo que es él no ha dicho esta boca es mia; pero en cambio los demas, no han cesado de hablar de él, y se va lo uno por lo otro. Esto es todo: no sé mas. (*Retírase á su puesto.*)

Marcelo. Todo lo va á esplicar mi hijo con dos palabras que diga: estoy seguro.

Juez. Que hable, pues. (*Breve pausa.*) Por qué no responde?

Marcelo. Señor juez, siempre intimida una acusacion como la que pesa sobre Marcelino... Déjele usted serenarse. (*A Marcelino.*) Vamos: esplicaté, hijo mio. (*Al juez.*) Si quisiera usted preguntarle?

Juez. (*A Marcelino.*) Por qué salió usted de su casa á deshora de la noche? qué iba usted á hacer en el pabellon?

Marcelino. Señor...

Marcelo. (*Aparte.*) Se esplicará?

Marcelino. Estoy inocente del crimen de que se me acusa.

Juez. Pues díganos usted, qué hacia en el pabellon á tales horas?

Marcelo. (*Aparte.*) Su silencio me horripila!

Juez. (*A Marcelino.*) Ese silencio es de mal agüero: el hombre que está inocente no rehusa esplicar su conducta.

Marcelo. Sin duda. (*Aparte.*) Qué es esto, Dios mio!

Juez. Habita en ese pabellon alguna persona?

Marcelino. (*Con viveza.*) No señor: nadie lo habita.

Baronesa. Mi hija suele ocuparlo; pero anoche estaba en casa de su nodriza.

Juez. (*A Marcelino.*) Siendo asi, qué objeto pudo usted tener en introducirse en ese pabellon de noche y por la ventana? Responda usted.

Marcelino. Estoy inocente: no puedo decir mas.

Juez. Todos los acusados dicen lo mismo: pero no basta decirlo; es menester probarlo.

Marcelo. (*Aparte.*) No dice ni una sola palabra para justificarse!

Juez. (*A Marcelino.*) Jóven, todos los indicios se reunen contra usted: hace dos noches se ha cometido un robo en la quinta; la mañana siguiente, y usted lo sabe, llega á la misma una suma considerable en metálico; anoche se le sorprende á usted escalando la casa... y últimamente, nada alega usted en su defensa.

Marcelo. Oh! Responde, Marcelino; responde, aunque no sea mas que por tu padre.

Baronesa. Con mirarle tendrá bastante para no callar, si tiene algo que decir que pueda justificarle.

Marcelino. Padre mio!

Marcelo. Pero por qué callas? por qué callas?

Juez. Porque, desdichadamente, no tiene nada bueno que decir; y á mí no me queda mas recurso ya que el de enviarle á la carcel de la ciudad.

Marcelino. A la carcel yo! Ah! (*Desfalleciendo.*)

Marcelo. Todo esto no puede ser cierto: es una pesadilla que me atormenta. (*Al juez.*) Permita usted que le hable á solas; por todos los santos del cielo déjeme

usted hablarle una vez antes de que nos separemos.

Juez. Consiento. Que se retiren todos. (*Ofreciendo la mano á la baronesa.*) Señora baronesa... (*Vanse todos, menos Marcelo y Marcelino.*)

ESCENA VII.

MARCELO. MARCELINO.

(*Cada uno en un estremo del teatro: al principio hablan sin mirarse: sucesivamente se van acercando.*)

Marcelo. Marcelino!

Marcelino. Padre!

Marcelo. (*Mirándole con disimulo.*) ¡Qué pálido!

Marcelino. (*Lo mismo.*) ¡Qué abatido!

Marcelo. Marcelino, yo he sido para tí un buen padre!

Marcelino. El mejor de los padres!

Marcelo. Cuando eras niño, mi delicia era cuidarte.

Marcelino. Lo tengo muy presente.

Marcelo. Verdad es que al nacer tragiste contigo la alegría á mi pobre choza, despues de largos y penosos padecimientos.

Marcelino. Sí: las heridas.

Marcelo. Las de mi corazon, que nada bastaba á cicatrizar. Ni los consuelos de Margarita podian hacerme olvidar nuestras derrotas, y ella tambien, mi pobre muger, empezaba á estar tan melancólica como yo. Pero naciste, y como por encanto, se trocó en gozo la tristeza. Parece imposible; y sin embargo es verdad: un niño recien nacido basta para hacer la felicidad de una familia: ya se ve, se le adora, es uno feliz cuidándole, viéndole crecer, no se piensa mas que en su porvenir... y decir que al cabo de veinte años se le antoja hacer una calaverada, y ya tiene usted una familia entera en la desdicha...

Marcelino. Pero, Dios mio! Sí yo nada he olvidado: ni cuidados, ni ternura...

Marcelo. No te he dicho siempre: Marcelino, estudia y ganarás la vida; sé feliz, y harás la dicha de tu anciano padre; pero sobre todo sé honrado, que es la primera obligacion del hombre.

Marcelino. Tampoco eso lo olvidé, padre mio.

Marcelo. (*Examinando el cuarto con la vista.*) No hay nadie; estamos solos: Marcelino, la verdad, la verdad sin disfraces.

Marcelino. Padre mio, usted debe saberlo.

Marcelo. Sí debo; sin embargo, es horrible preguntarla y saberla. Pero, en fin, es preciso: quiero saber la verdad con todos sus pormenores.

Marcelino. Lo sabrá usted.

Marcelo. Sí; dime por qué te escapaste del cuarto en que te encerré; por qué entraste en esta quinta por una ventana, á riesgo de matarte; desdichado!

Marcelino. Creí que nadie lo sabria. Padre, usted no sabe que mi cifra está bordada en ella.

Marcelo. (*Asombrado.*) Qué!

Marcelino. Si señor; y si cualquiera la hubiera encontrado estando ella ausente, figúrese usted.

Marcelo. (*Contemplándole con asombro.*) Infeliz!

Marcelino. Al contrario, el mas feliz de los mortales. No ve usted que es una prueba de su amor? Ah! Si usted la oyera decirme, con un candor celestial, que no queria otro adorno para el baile de mañana!

Marcelo. Dios mio! Está loco rematado!

Marcelino. Entonces, y por primera vez, concebí esperanzas de ser amado! No querer otro adorno mas que mi cinta!

Marcelo. Tu cinta!

Marcelino. Por llevársela, porque pudiera en efecto adornarse con ella en el baile, hubiera yo andado cien leguas y subido al tejado como subí por la ventana.

Marcelo. (*Empezando á comprender.*) Qué estás diciendo de cinta y de ventana?

Marcelino. No hubiera usted hecho lo mismo por su querida? Por llevarle la cinta que deseaba?

Marcelo. Vamos, estoy al cabo: escaló la ventana para llevarle la cinta: locuras de enamorado; no es otra cosa.

Marcelino. Y qué otra cosa pudiera ser?

Marcelo. (*Enagenado.*) Nada, hijo mio, nada. Mi Marcelino no es capaz de nada malo. (*Le abraza tiernamente.*) Y sin embargo, le han acusado, le han preso.

Marcelino. Me han creido ladron!

Marcelo. Le han creido ladron!

Marcelino. Como si fuera posible!

Marcelo. No, no es posible.

Marcelino. Un hijo de Marcelo!

Marcelo. Dios mio! Dios mio! Qué placer! (*Vuelve á abrazar á su hijo.*) Honrado, bueno, sencillo, valiente! no podia ser de otra manera... yo bien lo sabia... con todo... (*Se enjuga las lágrimas.*) Qué es esto? estoy llorando como un quinto. Qué vergüenza para un veterano! y qué feliz soy... ah! respiro!

Marcelino. (*Afligido.*) Y usted tambien dudó de mí, padre mio!

Marcelo. Yo! no por cierto; pero estaba malo, y ahora me siento bueno.

Marcelino. Qué dicha!

Marcelo. Sí; qué dicha! Ahora que vengan todos. (*Se pasea con grande agitacion.*) Señor juez, señora baronesa, Mateo, Margarita...

Marcelino. (*Procurando contenerle.*) Padre!

Marcelo. Ahora soy yo el que va á volverse loco. Mi buen Marcelino! Pero por qué no vienen esas gentes?

Marcelino. Deténgase usted, padre: no los llame: quiere usted que vaya á revelarles á todos un amor insensato? Es imposible.

Marcelo. Cómo?

Marcelino. Sí, mucho mas imposible de lo que usted mismo piensa. A usted, á mi padre puedo decírselo: ella estaba en el pabellon, ella.

Marcelo. Qué dices?

Marcelino. Que cuando Ana, de vuelta á la quinta, entró en su pabellon, yo estaba en él; que aun cuando su virtud es tan pura como la luz del sol, al cabo me han visto salir de su cuarto por la ventana; y el hijo de un labrador no puede, con su mano, ofrecer la única reparacion posible en tales casos á la reputacion de una muger.

Marcelo. Dios eterno! y ahora qué haremos?

Marcelino. Qué sé yo; aqui viene el juez.

Marcelo. Que venga: yo diré que estoy seguro de tu inocencia; que eres digno de ser hijo mio; y cuando un padre honrado te absuelve, quién se atreverá á acusarte?

ESCENA VIII.

DICHOS *y* EL JUEZ.

Juez. Llamaba usted? Aqui estoy, pronto á oir los descargos del acusado.

Marcelo. Vamos poco á poco: no nos enternezcamos, que la justicia no tiene corazon. Pues, señor, Marcelino es un hombre de bien, si los hay en el mundo: está inocente como un niño recien nacido. Señor juez, aqui para entre los dos...

Marcelino. (*Tirándole de la ropa.*) Padre!

Marcelo. No temas: antes que todo las damas, lo sé. (*Al juez.*) Qué diablos, usted no nació con canas, ni yo tampoco... y allá en nuestros tiempos...

Juez. Acabarémos?

Marcelo. Se enfada usted porque le digo que tiene canas? Pues hablemos de otra cosa. Busque usted al ladron donde quiera: mi chico está inocente. Con que no hay mas que ponerlo en libertad.

Juez. Desde luego, si aciertan ustedes á esplicar naturalmente todo lo sucedido, delante de cuantos han presenciado su arresto.

Marcelo. Y si no podemos esplicarlo?

Juez. Estamos como estábamos.

Marcelo. Cómo es eso? con que no sirve de nada que su padre, un veterano que jamas faltó á la verdad, jure que este muchacho está inocente?

Juez. (*Impaciente.*) Hace una hora que le estoy á usted pidiendo pruebas de ello.

Marcelo. Pruebas! Mi reputacion, el respeto de mis convecinos, la gratitud de los pobres á quienes he socorrido, y sesenta años de probidad: esas son mis pruebas.

Juez. Yo hago justicia á la virtud del padre; pero no puedo menos de mandar que el hijo vaya preso á la ciudad.

Marcelino. (*Aparte.*) Oh! Dios mio!

Marcelo. (*Apasionadamente.*) Por Dios, señor, que me oiga usted y mitigue el rigor de la ley. (*Señalando á su hijo.*) Apenas es hombre. Qué va á ser de su vida, si la sospecha de un crimen infame le mancha en la juventud? Y es honrado; lo juro; su corazon y sus

acciones son intachables. Qué quiere la ley? Un reo? Pues bien; aqui estoy yo.

Marcelino. Padre!

Marcelo. Treinta años hace que debiera haberme sacado de penas una bala de cañon. Ahora ya para nada sirvo; mi hijo es jóven, robusto, inteligente; tiene madre, tiene un hermano á quienes proteger; y es amado además! Son tantos los intereses, la felicidad, las esperanzas que estriban en un jóven! Sea, pues, libre y honrado; y pierda yo lo que me queda. (*Arrodíllase á pesar de Marcelino, que quiere impedírselo.*) Señor juez, apiádase usted de él y de su anciano padre, que no se levantará del suelo hasta que escuche sus votos.

Juez. Lo que usted pide es imposible.

ESCENA IX.

DICHOS *y* EL CRIADO.

Criado. La señora baronesa desea hablar con el señor de Gabrianne.

Marcelo. (*Sorprendido.*) Gabrianne!

Juez. Voy al instante. (*Vase el criado.*)

Marcelo. (*Con viveza.*) Se llama usted Gabrianne?

Juez. Asi me llamo.

Marcelo. Era su padre de usted banquero de Paris?

Juez. Sin duda.

Marcelino. (*Con admiracion á su padre.*) Pero padre!...

Marcelo. Silencio, Marcelino, silencio. Este negocio es puramente mio. Entra aqui. (*Llevándole á la puerta de la derecha.*)

Juez. Pero...

Marcelo. No tema usted, no se escapará: yo empeño por él mi palabra; y mi hijo no la dejará desairada. Entra, Marcelino, entra. (*Hace entrar á Marcelino por la puerta de la derecha, y la cierra.*)

ESCENA X.

EL JUEZ *y* MARCELO.

Marcelo. Ahora vamos á vernos las caras nosotros, señor juez.

Juez. Se ha vuelto usted loco?

Marcelo. Tiene usted que oirme: no hay remedio.

Juez. Un poco de juicio...

Marcelo. Ah! Es que hace un instante estaba yo á sus pies de usted, suplicando en vano, señor de Gabrianne: ahora se trocaron los papeles: yo soy el que acuso.

Juez. Pobre insensato!

Marcelo. Eso es, yo estoy loco, no es verdad? Usted es un hombre de juicio, rico, de importancia... Quién se atreveria á sospechar de usted? Si se hallara en nuestro caso, con una sola palabra sería creido, puesto en libertad... Batirse treinta años, regar un hombre con su sangre cien campos de batalla, sirve menos para que se crea en el honor de sus hijos, que gastar la vida en hacer dinero, aunque sea despojando á otros de lo que legítimamente les pertenece... Tal es la justicia de los hombres!

Juez. Qué osa usted decir?

Marcelo. Digo, que hay dias y sucesos tales y tan amargos, que á no tener fé en la otra vida, sería cosa de desesperarse en esta... Digo que hace veinte años, poseia yo bastante dinero para hacernos ricos á mí y á toda mi familia; y que se lo entregué á uno de esos hombres cuya posicion y aparente opulencia seducen al público...

Juez. (*Turbado.*) Cómo?

Marcelo. Digo, que al marcharme á la guerra, confié mi tesoro á un banquero, creyendo que las leyes del pais, en cuya defensa iba á derramar mi sangre, protegerian entre tanto mis intereses contra un pícaro... Ah! fuí entonces un loco.

Juez. Pero en fin...

Marcelo. Sí, fuí un loco; porque aquel hombre sabia el mal estado de sus negocios cuando le llevé mi dinero, y sin embargo lo tomó... seis meses despues hizo bancarrota... Sabe usted dónde vivia? En París... Sabe usted cómo se llamaba? El señor de Gabrianne.

Juez. La acusacion que usted aventura...

Marcelo. La probaré: tengo en mi poder todos los documentos necesarios. Bien sé que al cabo de tantos años no puedo recobrar mi dinero; pero al menos po-

dré decir á voz en grito, á todo el que quiera oirme, que el severo magistrado que se niega á dar fé á mi palabra cuando le juro que mi hijo está inocente; que el juez inexorable que sin misericordia quiere infamar á Marcelino, aprisionándolo como un criminal, es hijo de un hombre que abusó villanamente de la confianza de un pobre soldado que tuvo la debilidad de creerle hombre de honor.

Juez. (*Con violencia.*) No; eso no lo dirá usted.

Marcelo. (*Con mas dulzura.*) No, no lo diré, si me devuelve usted á mi hijo: callaré, me desprenderé de estos papeles con que pudiera deshonrar al padre del juez; pero, honra por honra, señor de Gabrianne: acepta usted?

Juez. Señor Marcelo, usted no conoce al hombre á quien propone semejante trato... Yo faltar á mis deberes de magistrado!... Si su hijo de usted está inocente, que lo pruebe; si es culpable, debe ser castigado, y lo será. En cuanto á la villanía de que acusa usted á mi padre, no tiene razon: sucesos desgraciados le arruinaron.

Marcelo. Ah!

Juez. No es facil que usted comprenda toda la amargura de su corazon cuando vió que, aun haciendo el sacrificio de cuanto poseía, no alcanzaba á satisfacer á sus acreedores. Usted no sabe cuánto hemos padecido!

Marcelo. Y qué diré yo!

Juez. No envidie usted á los que corren en pos de la fortuna á espensas de su reposo y con riesgo de su honra. Peligroso es el oficio de soldado, y sin embargo vale mas; porque hasta en la desgracia y la muerte lleva consigo la gloria. Mi padre ha muerto sin ella, trabajando para pagar lo que debia, y creyendo que nadie tenia que reclamar contra lo poco que le dejaba á su hijo.

Marcelo. Pero si yo no reclamo mas que el mio: su libertad en cambio de estos papeles. Tómelos usted. (*Dáselos.*) — (*La baronesa al foro.*)

Juez. Señora baronesa!

ESCENA XI.

LA BARONESA. EL JUEZ. MARCELO.

Baronesa. Al cabo tengo yo que venir á buscar á usted, amigo Gabrianne!
Juez. Señora!
Baronesa. Qué papeles son esos?
Juez. (*Turbado.*) Estos papeles...
Baronesa. Han acudido á usted mis acreedores?
Juez. Sus acreedores de usted?
Baronesa. Qué! No sabe usted que acaban de amenazarme con que me venderán esta quinta, último asilo que me queda? —Pero qué turbado está usted, Gabrianne.

ESCENA XII.

LOS MISMOS. ANA.

Ana. Mamá!
Baronesa. Hija mia!
Ana. Acaban de decirme que ya lo sabe usted todo: estamos completamente arruinadas.
Marcelo. (*Aparte.*) Qué oigo!
Ana. Vengo á que lloremos juntas; á consolar á usted; y eso que soy muy desdichada.
José. (*Dentro.*)Venid todos; venid!
Ana. Es José! Qué habrá sucedido?

ESCENA XIII.

LA BARONESA. ANA. EL JUEZ. JOSÉ. MATEO. MARCELO.

José. Qué ha sucedido? — Que he adivinado lo que hay de cierto en el asunto de Marcelino, y quiero decirlo.
Marcelo. (*Con viveza.*) Calla.
Ana. (*A José.*) Qué es lo que has adivinado?
José. Señorita, usted lo sabe tan bien como yo.
Ana. (*Con inquietud.*) Qué es lo que yo sé?
Marcelo. (*Asiéndole del brazo.*) José, si se te escapa una palabra!...

Baronesa. (*Al juez.*) Qué significa este embrollo?
Juez. Señor Marcelo, tome usted en primer lugar sus papeles: estan en regla; y ahora dígame por qué no deja hablar á ese niño.
Marcelo. Porque debe callar.
Juez. (*A Ana.*) Me parece que está usted inquieta, señorita.
Ana. Yo!...
Juez. No tiene duda; y es preciso que yo aclare... (*Abre la puerta de la derecha y dice:*) Marcelino!
Mateo. Se habrá sincerado, ó le llevarán á la carcel?
Ana. A la carcel! Y por qué?

ESCENA XIV.

DICHOS. MARCELINO.

Juez. Silencio... Venga usted acá, Marcelino.
Marcelino. (*Aparte.*) Delante de ella!
Juez. Antes de enviar á usted á la carcel... (*Ana va á hablar; un ademan del juez se lo impide.*) Una palabra: quiere usted hablar? Lo deseo, porque me intereso por usted y por sus padres, que han cuidado de la infancia de esta señorita.
Baronesa. Y debe usted hacerlo, pues que Ana va á ser su esposa.
Marcelino. (*Aparte.*) Su esposa! Su esposa!
Marcelo. (*Aparte.*) El juez es el novio!
José. (*Aparte.*) Toma; ese viejo!
Juez. (*Fijando los ojos en Marcelino.*) Mi esposa; por eso deseo salvar al hijo de Marcelo.
Ana. Salvarle!
Juez. Para salvarse él mismo, tal vez le basta con decir una sola palabra; si mis congeturas no me engañan.
Ana. Pero qué riesgo es el que amenaza á Marcelino?
José. Le acusan de ladron, porque le han visto esta noche saltar por la ventana del pabellon...
Ana. Por la ventana del pabellon!... Y no se defiende?
Baronesa. Calla obstinadamente.
Ana. Y no ha dicho que era por mí, por mí sola por quien habia ido al pabellon?

Baronesa. Dios mio, qué dirán las gentes!

Ana. Dirán que le amo, que nos amamos.

Marcelino. Dios mio! yo te bendigo.

Marcelo. Ella lo ha dicho.

Juez. (*A Marcelo.*) Y usted, sabiéndolo, callaba; y sacrificaba su fortuna...

Marcelo. Me era lícito, por ventura, destruir la reputacion de esa niña? En cuanto á los papeles, los diera mil veces, aunque aseguraran mi fortuna.

Juez. La aseguraran.

Marcelo. Cómo!

Baronesa. Esplíquense ustedes.

Juez. Señora baronesa, mi padre fue hace años depositario de un capital considerable, á cuyo dueño, que no ha parecido hasta ahora, voy á devolvérselo. (*Sorpresa general.*)

Marcelo. A devolvérmelo!

Ana. Marcelino, cuánta virtud! Dejarse calumniar por no comprometerme! Pero vamos á separarnos para siempre.—Mamá, dejemos la quinta.

Marcelo. Y por qué se han de ir ustedes de *mi quinta*? (*Sorpresa general.*)

Mateo. Su quinta!

Marcelo. Sí, vecino: ahora, si yo quisiera, podria darme tono, echarla de personage, desdeñar á los antiguos amigos... Porque soy rico... Mas no por cierto: el sargento Marcelo no hace mas necedades que las indispensables. La fortuna es muger; tiene sus caprichos; nada mas justo; y cuando pasan rábanos comprarlos, dice el refran. Pero no por eso hemos de perder la chabeta: Margarita y yo hemos sido felices veinticinco años en nuestra pobre choza: sabe el cielo si lo seriamos en otra parte; no mudaremos de alojamiento. Este mozo (*José.*) se pondrá en marcha para el colegio militar, y Dios me alargue la vida hasta que yo le vea lucir su charretera. En cuanto á las quintas, son habitaciones propias para las baronesas, y la viuda de mi general me hará el favor de aceptarla, encargándome yo de pagar todas sus deudas.

Baronesa. Es posible?

Juez. Ya lo ve usted, señora: gracias á la nobleza del corazon de ese escelente hombre, el dinero que ayer

hice traer á esta casa, se empleará precisamente como yo queria. Y ahora que el padre es rico y sabemos que el hijo es amado, me parece...

Baronesa. Que pudiera Marcelino quedarse á vivir en la quinta, á fin...

Juez. De que no vuelvan á equivocarle con un ladron.

Marcelo. Y de que no se arriesgue á romperse el alma subiendo por la ventana.—Señor juez, el que da sentencias como las de usted, merece ascender á general... Digo, á regente.

Baronesa. Dale tu mano. (*A su hija.*)

Ana. (*Abrazándola.*) Mamá querida!

Marcelino. (*Arrodillándose.*) Señora!

Baronesa. Levántate, hijo; y haz feliz á tu esposa. (*Enlaza las manos de los dos jóvenes.*)—(*A Marcelo.*) Marcelo! (*Tendiéndole la mano.*)

Marcelo. Mi generala!... si hubiera sido en Dresde; en los tiempos de las sonrisas... Pero ahora ya soy un carcamal! Ea, Marcelino: á ser hombre de bien: no hay riqueza como la honra.

(*Cuadro general.*)

FIN DE LA COMEDIA.

Las producciones dramáticas de este autor publicadas hasta el dia son las siguientes.

	Rs.
La Corte del Buen Retiro. . . .	8
Bárbara Blomberg.	8
D. Jaime el conquistador. . . .	8
Higuamota.	8
La aurora de Colon.	8
Cada cosa en su tiempo.	5
La Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.	8
Las mocedades de Hernan Cortés. .	8